

# ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de  
José Manuel Lucía Megías

TOMO II



Servicio de Publicaciones  
Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR  
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ  
Sonia GARZA  
José Manuel LUCÍA MEGÍAS  
Joaquín RUBIO TOVAR  
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA  
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.ª Carmen Fernández López, M.ª Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas  
© Universidad Alcalá  
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8  
I.S.B.N.: (Tomo II): 84-8138-209-4

Depósito Legal: M-29892-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

## EL LIBRO DEL MILENIO DE FRAY JUAN UNAY: ¿UNA APOLOGÍA DE FERNANDO EL CATÓLICO?

Rafael Ramos  
Universidad de Gerona

Por suerte, cada vez son menos las parcelas desatendidas de la literatura española medieval. Sin embargo, todavía hay algunas que no han sido lo suficientemente estudiadas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la literatura visionaria y apocalíptica: sabemos que era uno de los temas preferidos de la época y conocemos algunos de sus textos, pero no acabamos de hacernos una idea cabal de ella, cuántos textos la integran, cuáles son sus líneas maestras, qué autores fueron más divulgados, por qué vías o cómo podían ser utilizadas políticamente<sup>1</sup>. Hoy desearía llamar la atención sobre uno de esos textos, apenas mencionado y ausente, por cuanto sé, de los estudios y los repertorios habituales. Me refiero al que he titulado, provisionalmente, *Libro del milenio*, escrito, cuando menos eso se dice, por fray Juan Unay, el alemán, de la orden de Sancti Spiritus.

La obra ha llegado hasta nosotros en tres manuscritos. El 8586 de la Biblioteca Nacional de Madrid está compuesto por 75 folios y se puede fechar a finales del siglo xv o en los primeros años del xvi. El *Libro del milenio* ocupa ahí desde el folio 1r hasta el 30r. Acaba de llenar ese folio 30r una reflexión sobre las enseñanzas de San Isidoro<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Sigue siendo excelente el estudio de J. Gimeno Casaldueiro, «La profecía medieval en la literatura castellana y su relación con las corrientes proféticas europeas», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XX (1971), pp. 64-89, recogido en *Estructura y diseño en la literatura castellana medieval*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1975, pp. 103-141; véase también R. Boase, «Las profecías sobre las catástrofes y las desgracias de un nuevo orden mundial», en *El resurgimiento de los trovadores*, Madrid, Pegaso, 1981, pp. 161-163. Para el ambiente cultural en que se producen esas manifestaciones, es imprescindible el libro de Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Universidad de Valladolid, 1983, al que se puede añadir, como introducción, J. C. Temprano, *Móviles y metas en la poesía pastoril de Juan del Encina*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1975, pp. 29-51.

Desde el folio 30v hasta el 75v encontramos la larga carta que el rabí Samuel envió al rabí Yóçef, en la que acaba proponiéndole que ambos se hagan cristianos<sup>3</sup>. Acaba de llenar el folio 75v una copia de los primeros versos de los proverbios del Marqués de Santillana<sup>4</sup>.

El manuscrito 1779, también de la Biblioteca Nacional de Madrid, está compuesto por 239 folios, escritos en su mayoría en la segunda mitad del siglo XVI. Casi en su totalidad, recoge una historia de la Guerra de las Comunidades, redactada por Gonzalo de Ayora, pero en él se incluyen, también, buen número de profecías, y entre ellas el texto que nos interesa (ff. 40r-50r)<sup>5</sup>. Por último, el manuscrito 6176, de la misma biblioteca, se suele fechar en los siglos XVI y XVII. Está compuesto por 331 folios, y el *Libro del milenio* ocupa ahí desde el 232r hasta el 247v<sup>6</sup>.

Por otro lado, hay que considerar también una versión catalana y, aparentemente, abreviada, pues su *incipit* corresponde a nuestro folio 5r a nombre de Joan Alamany, que con el título *Venguda del Antecrist* se imprimió antes de 1513 y en 1520. Solo esta última edición ha llegado hasta nuestros días, en un ejemplar que no he podido consultar<sup>7</sup>.

He dicho antes que el *Libro del milenio* no figura en los repertorios habituales de la literatura española medieval (a pesar de sus tres manuscritos conservados y los dos impresos catalanes), y ni tan siquiera figura en ellos el fragmento del poema del Marqués de Santillana que lo acompaña en el manuscrito 8586<sup>8</sup>. Sin embargo, es conocido cuando menos desde tiempos de Bartolomé José Gallardo, y lo han mencionado algunos estudiosos de la figura del Anticristo en la literatura española<sup>9</sup>. Sin embargo, hasta el

<sup>2</sup> No es extraña la presencia de San Isidoro en un códice dedicado a la literatura visionaria. Recuérdese que, a lo largo de la Edad Media e incluso más adelante, se le atribuyeron buen número de profecías sobre el futuro de España. Véase, por ejemplo, *Primera crónica general*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, Gredos-Seminario Menéndez Pidal, 1977, pp. 266, 277 y 310-314, así como Á. Galmés de Fuentes, ed., *Dichos de los siete sabios de Grecia*, Madrid, Gredos, 1991, p. 10.

<sup>3</sup> Esta misma carta se imprimió varias veces como apéndice al *Libro del Anticristo* de Martín Martínez de Ampíes (Zaragoza, Pablo Hurus, 1496; Burgos, Pablo Hurus, 1497; Valencia, Joan Jofré, 1520; Burgos, Juan de Junta, c. 1530). Sobre esta obra, véase R. Rohland de Langbein, «El *Libro del Anticristo* en castellano», en *Studia Hispanica Medievalia*, eds. R. Penna y M. A. Rosarosa, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1990, pp. 137-147. Para la transmisión de la correspondencia entre el rabí Samuel y el rabí Yóçef, véase C. Parrilla, «La literatura apologética en el siglo XV: el *Declarante de judíos*», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. M<sup>a</sup> Isabel Toro Pascua, III, Salamanca, Biblioteca española del siglo XV, 1994, pp. 757-765.

<sup>4</sup> Por ser este testimonio el que presenta mayor antigüedad, nuestra descripción del mismo resulta algo más detallada que en los demás. También, por ser el códice, aparentemente, más adecuado, será por él por el que realicemos las citas en las páginas que siguen.

<sup>5</sup> *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional*, V, Madrid, Ministerio de Educación, 1959, núm. 1779.

<sup>6</sup> *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional*, XI, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, núm. 6176.

<sup>7</sup> Véase F. J. Norton, *A Descriptive Catalogue of Printing in Spain and Portugal 1501-1520*, Cambridge University Press, 1978, núms. 1215 y 1352.

<sup>8</sup> VV. AA., *Bibliography of Old Spanish Texts*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1984; B. Dutton, *El cancionero del siglo XV (c. 1350-1520)*, Salamanca, Biblioteca española del siglo XV, 1990-1991, 7 vols.

<sup>9</sup> B. J. Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, II, Madrid, Rivadeneyra, 1866, p. 165. Sobre sus menciones, véanse, por ejemplo, R. Alba, *El Anticristo*, Madrid, Nacional, 1982, p. 188, y J. Guadalajara Medina, «Álvaro de Luna y el Anticristo. Imágenes apocalípticas de don Íñigo López de Mendoza», *Revista de Literatura Medieval*, II (1990), pp. 183-206.

momento no se ha realizado ningún estudio que dé a conocer sus rarezas o cómo se integra en la tradición de los textos visionarios y apocalípticos españoles.

El que he venido en llamar *Libro del milenio* carece de título en los testimonios castellanos que lo han conservado. Su autor o copista se refiere a él, simplemente, como «el libro que hizo maestro Juan Unay el alemán, frayre menor de la orden de Sancti Spiritus» (fol 1r), o «el libro que Dios ordenó por su siervo Unay el alimán» (f. 30r). Podríamos referirnos a él como *Libro de fray Juan Unay*, definición bastante útil, pero cometeríamos el error de incluir al supuesto autor en el título. *Libro del Anticristo* tampoco le iría mal, pero es el título de una obra ya conocida. Por eso, he preferido titularlo *Libro del milenio*, ya que es en este punto, la nueva era de felicidad que sustituirá a la era actual de penalidades, en el que se muestra más inspirado y en el que más se insiste, pues toda la obra parece abocada a ese final feliz relatado en los últimos folios.

El contenido, desde luego, es el habitual en este tipo de textos, sin que sobresalga por su originalidad; como es sabido, el tema de la llegada del Anticristo, su reinado de terror y el milenio de felicidad que le seguirá se sustenta desde sus inicios en unos pocos lugares de las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia que cada autor puede reelaborar a su manera. Así, en nuestro escrito se anuncian los tiempos de penuria que esperan al mundo y que solo los escogidos podrán superar. El momento en que el Anticristo se hará dueño del mundo, con sus cuarenta meses de sufrimiento, está cerca, pero solo se producirá cuando se cumplan algunos requisitos, y algunos ya se están realizando (f. 10r). Así, la iglesia se muestra cada día más corrupta, pues vende los beneficios eclesiásticos y solo se preocupa en fornicar y ganar dinero, olvidando así sus deberes religiosos. Fruto de esta situación es que los buenos cristianos carezcan de una adecuada guía espiritual, por lo que cada vez son más los que se condenan (f. 15v). También los dirigentes son cada vez más ambiciosos, por lo que exigen más impuestos a los pobres. La corona, incluso, llega a vender a los nobles algunas villas que eran libres. Llegada esta situación, el advenimiento del Anticristo y sus penalidades parece inminente (f. 16v).

Pero los acontecimientos que han de llevar a esa llegada del Anticristo se desencadenarán, precisamente, en España, por sus muchos pecados. Así, judíos y musulmanes volverán a la carga contra los cristianos, que se encontrarán sumamente debilitados por las luchas internas. Pero del caos surgirá un nuevo príncipe, el Encubierto, que apoyado por un nuevo pontífice, el Nuevo David, conseguirá vencer a los musulmanes y echarlos al otro lado del mar. Y sus victorias no acabarán ahí, sino que llevará la guerra al otro lado del mar. Empujará a los mahometanos hasta más allá de las montañas del Atlas, y avanzará por la costa tomando las ciudades de Ceuta, Tánger, Bugía, Túnez y Alejandría, hasta reconquistar Jerusalén tal y como se había profetizado repetidas veces (ff. 22r-24r). De ahí, el Encubierto marchará sobre Damasco, Germania e Italia, hasta regresar a España. Será entonces cuando, entre el Nuevo David y el Encubierto, acuerden un nuevo orden para la Cristiandad (f. 26v).

Pero será entonces, también, cuando aparezca el Anticristo, apoyado por los judíos, que reconocerán en él al Mesías. En poco tiempo levantará Asia y África, que habían vuelto al cristianismo con el Encubierto, y llegará a Europa, donde será recibido por algunas órdenes religiosas. Impondrá el terror entre los buenos cristianos durante

cuarenta meses, pero entonces será abatido por Cristo (f. 27v). Después de esta derrota definitiva del mal, el Encubierto y el Nuevo David darán inicio a una nueva era de felicidad, descrita en los últimos folios de la obra. Las armas serán destruidas para convertirlas en arados y azadones, y todos los hombres se dedicarán a labrar el campo o a desempeñar un oficio. No será necesaria la justicia, pues toda la humanidad vivirá en un estado fraternal. Incluso la naturaleza se doblegará, pues desaparecerán las enfermedades y las cosechas serán siempre abundantes. El Encubierto y sus descendientes cuidarán de sus siervos durante esos mil años de felicidad que precederán al fin del mundo. Sin embargo, advierte el autor al acabar, para que llegue ese estado de dicha siempre será necesario que, antes, la humanidad padezca el azote del Anticristo<sup>10</sup>.

Como vemos, el *Libro del milenio* se entretiene más en describir las penalidades de la sociedad de su tiempo, las conquistas del Encubierto y, al fin, la nueva era de felicidad que conocerá todo el cristianismo, que en explicar los cuarenta meses de dominio del Anticristo (que, hablando con propiedad, despacha en un solo folio: el 27). Poco tiene que ver, pues, con el detallado *Libro del Anticristo* compilado por Martín Martínez de Ampíes, sino que más bien parece completarlo, aludiendo a la situación que atravesará el mundo (y, de todo el mundo, especialmente España) antes y después de esa llegada, que es descrita con todo detalle en el texto impreso.

Acabada esta descripción apresurada, podemos empezar un rápido análisis. Vale decir que ante un texto prácticamente desconocido casi todo son incógnitas. En primer lugar, y como era de esperar, hasta el momento no hemos encontrado mención alguna de este fray Juan Unay el alemán o Joan Alamany. Tiene, sin embargo, todo el aspecto de tratarse de una superchería: el texto está lo suficientemente centrado en España como para poder descartar, en principio, un origen extranjero. Al hablar de su datación también nos encontramos con un intento de falsificación, pues parece que pretende pasar por mucho más antiguo de lo que es. Por descontado, y como es habitual en este tipo de escritos, no hay ninguna fecha en todo él pero, por un lado, se nos dice que está siendo redactado en el sur de Andalucía («ençerrado en una cueva, çerca de las Cuevas de Ércoles», f. 5v) cuando todavía han de reconquistarse las ciudades de Málaga, Granada y Ronda («La su vanagloriosa Alfanbra por lo más alto será destroyda, et la su muy famosa cavallería de Ronda, que solfa ser nonbrada, que non osarán en cavallo cavalgar. Et la grand fermosura de Málaga et la grand fortaleza de Gibraltar et de Zahara et de otras muy altas et fermosas montañas, en que se solfan solazar et grande esfuerzo tomar, todas las avrán a desmamparar», f. 21r), tomadas entre 1482 y 1492;

<sup>10</sup> Más valor que este pobre argumento tienen, sin duda, la infinidad de noticias y curiosidades que se recogen en el texto. Así, se explica cómo los juglares podían adiestrar a sus animales para los espectáculos callejeros («ya atán público es el su mal vivir que fasta los enbaydores et trasechadores que andan por el mundo muestran a las bestias mudas que fagan cómo faze el Papa et los sus legados, que el que pide beneficio por amor de Dios que non lo quiere oyr et el que lieva florines et doblas para mercar el beneficio luego lo rreçiben muy onrradamente et le dan el beneficio que pide et aunque non aya tiempo nin hedad para lo aver», f. 13v), o se alude a proverbios o dichos que no nos han llegado en las colecciones habituales («ansý como el çiego aprovechava las fachas ençendidas, que tanto quanto mayor es la lumbre tanto menos vee el çiego», f. 3v). Es un campo en el que nuestro texto puede ser sumamente útil.

además, se menciona una y otra vez, como un problema cotidiano, el peligro de que los judíos desempeñen cargos públicos («Otrosy [es uno de los males de este tiempo], consentir andar los perros moros et ebreos como quieren entre los christianos et christianas, et dormir con ellas por su cabsa de los señores de la tierra, lo qual es todo en menospreçio de nuestro salvador Ihesu Christo et de la su santa Iglesia. Et aun por más menospreçio de Ihesu Christo, darles ofiçios públicos, que es contra el mandamiento de Ihesu Christo et de la santa Iglesia... Et los christianos, a menospreçio de Dios et de su santa Iglesia, fázelos sus thesoreros et recabdadores, almozarifes et arrendadores et otros muchos ofiçios onrrados», ff. 18v-19r), de los que quedaron separados, tanto en Castilla como en Aragón, entre 1412 y 1414<sup>11</sup>. Partiendo de estas premisas, el texto aparenta ser anterior a esas fechas. Sin embargo, de todos es sabido que la inmensa mayoría de los escritos proféticos se arrojan una antigüedad de la que carecen, por lo que suelen presentar como acontecimientos venideros una buena cantidad de hechos ya consumados en el momento en que se escriben. Por diferentes motivos, esto resulta especialmente evidente en el *Libro del Milenio*. Si es anterior a 1412 ó 1414, por ejemplo, resulta incomprensible que al criticar al estamento eclesiástico no se mencione el Cisma, que dura hasta 1417.

Sin embargo, no estará de más echar un vistazo a los textos que acompañan al *Libro del Milenio* en el manuscrito 8586, el más importante y el más antiguo de los testimonios que nos lo han transmitido. La carta del rabí Samuel al rabí Yóçef se recoge, también, en las ediciones del *Libro del Anticristo* anteriormente mencionado (impreso repetidas veces entre 1496 y 1530), y el fragmento del poema del Marqués de Santillana no puede ser anterior a 1437 (esto es, cuando Juan II le encargó tal compilación)<sup>12</sup>. Ambos textos, pues, centran su difusión en la segunda mitad del siglo xv. Esto no constituye una prueba definitiva, pero sí es otro dato para desconfiar de la fecha que se pretende arrojar el escrito.

No nos sorprenderemos, por el contrario, si advertimos que todo el texto se entiende mejor como un solapado escrito político en favor de Fernando el Católico, y si fijamos su datación entre los últimos años del siglo xv (posiblemente acabada ya la Guerra de Granada) y los primeros del xvi (en todo caso antes de 1513, cuando se divulgó la versión catalana impresa). Desde esa perspectiva, podrían explicarse esas pretendidas muestras de antigüedad, que se descubren como una concesión a esas prácticas habituales en casi toda la literatura profética de las que hablábamos antes.

Así, parece evidente que el retrato de la sociedad caótica que recoge el libro antes de la llegada del Encubierto es un trasunto del reinado de Enrique IV: no solo se trataría de un tópico en la crítica social (inmediatamente acuden a la memoria, por ejemplo, el *Libro de buen amor* y el *Rimado de Palacio*), sino que resulta especialmente visible en esa alusión a las villas que pierden sus libertades (uno de los problemas endémicos del

<sup>11</sup> J. Pérez, *Historia de una tragedia. La expulsión de los judíos*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 59-60. Los conversos, a pesar de algunas protestas, podían desempeñarlos sin problemas (ibid. pp. 66-74).

<sup>12</sup> Á. Gómez Moreno y M. P. A. M. Kerkhof, eds., Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, *Obras completas*, Barcelona, Planeta, 1988, p. lii.

reinado de Enrique IV) o en la acusaciones a los malos gobernantes y sus funcionarios, que se dejan corromper porque todo el estamento político participa de esa corrupción. Recordemos que éstas van a ser algunas de las máximas preocupaciones de los Reyes Católicos desde que accedieron al trono<sup>13</sup>. También el retrato de la iglesia parece hacerse eco de esta situación, pues el intento de reforma que se halla implícito en la crítica del estamento religioso, y que también, en un primer momento, podría parecer tópico (otra vez se impone el recuerdo del *Libro de buen amor* y el *Rimado de Palacio*), se corresponde por exacto con los intentos de reforma del clero que impulsó Cisneros bajo el reinado de Isabel y Fernando: castidad, pobreza, humildad, y la máxima preocupación por la salvación del pueblo cristiano, de acuerdo con los ejemplos de las Sagradas Escrituras. En suma, a convertirse en un ejemplo de virtudes<sup>14</sup>. En este sentido, es importante recordar que fray Juan Unay se presenta como un miembro de la orden del Sancti Spiritus, afín a los franciscanos reformadores, mientras critica abiertamente otras órdenes religiosas aparentemente hostiles a la reforma: dominicos, cistercienses... (ff. 26v-27r). Incluso las campañas del Encubierto para cristianizar todo el mundo coinciden, punto por punto, con los intentos de expansión africana de Fernando el Católico, que tras la conquista de Granada pretendía llevar la lucha contra el Islam al norte de África y, así, iniciar una nueva vía para llegar a Jerusalén<sup>15</sup>.

Esta datación tardía, además, podría explicar el furibundo ataque que sufren los judíos a lo largo de toda la obra. Ciertamente, sería difícil encontrar una obra del siglo xv que no les atacara de una manera u otra. Sin embargo, es muy posible que la crítica demoledora que encierra el *Libro del milenio* («Onde todos los profetas, et el santo varón Moysén et el noble rey David afirman que deven ser todos los judíos apedreados et quemados et esparzidos como el polvo, et sus casas derribadas, et sus hijas et sus mugeres levados captivos por todas las naçiones, et muertos de muchas maneras... Et en aquel tiempo se cumplirá lo que dixo nuestro señor Ihesu Christo contra los judíos, quando les dixo que dería a los montes que cayesen sobre ellos, et los collados que los cogesen», f. 30r) no sea sino una justificación de la expulsión decretada por los Reyes Católicos cuando esta ya había sido realizada.

Lo dicho anteriormente, desde luego, apenas si se podría llevar más allá de la mera casualidad (a pesar de que sean demasiadas casualidades). Sin embargo, no hay que olvidar que los Reyes Católicos fueron saludados como los portadores de una nueva era, y que fueron muy frecuentes, tanto en España como en el resto de Europa, los textos que los contemplaban como unos enviados de Dios, destinados a los mayores

<sup>13</sup> J. H. Elliott, *La España imperial 1469-1716*, Barcelona, Vicens-Vives, 1979, pp. 87-101; J. Pérez, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Valladolid, Nerea, 1988, pp. 67-93.

<sup>14</sup> J. García Oro, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, CSIC, 1971.

<sup>15</sup> Me extiendo sobre el tema y ofrezco la oportuna bibliografía en «Para la fecha del *Amadís de Gaula* ('esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen')», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIV (1994), pp. 503-521; véase también M. del Carmen Marín, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino», en *Fernando II de Aragón, el rey Católico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, en prensa.

fines de la Cristiandad, como recuperar Jerusalén o disponer la llegada del milenio de fraternidad cristiana<sup>16</sup>. Y eso no se quedó en meras adulaciones, sino que con sus victorias contra los turcos (el socorro de Otranto, la reconquista de Cefalonia, las expediciones en el norte de África) parecía un objetivo de alcance seguro y cercano. Lo que a lo largo de casi toda la Edad Media había sido un lugar común en la alabanza de todos los reyes europeos parecía que iba a convertirse en realidad en la persona de Isabel y Fernando.

Llegados a este punto, no nos sorprenderá que varios autores coetáneos llegaran a la misma conclusión, y que vieran en el Rey Católico al Encubierto de las profecías apocalípticas. Así, Rodrigo Ponce de León ya lo había advertido a sus compañeros de armas en 1486, en plena campaña de Granada:

Sabed que este santo rey don Fernando bienaventurado que tenemos es el Encubierto, e así está declarado por San Juan y San Isidoro en sus revelaciones<sup>17</sup>.

Desde luego, don Rodrigo no fue el único que aventuró esta identificación, y, a veces de forma solapada, a veces muy a las claras, fue propuesta también por otros escritores de la época, hasta llegar a convertirse en un lugar común cuando se trataba de las empresas de los Reyes Católicos. Y ese tópico no se quedaría en las letras españolas, pues pronto se expresaría también en Italia y en Alemania. De alguna manera, la recuperación de Granada se había convertido en el símbolo del fin de una época y el inicio de otra, la que llevaría por fin al reino universal de toda la Cristiandad.

Abierta, pues, la posibilidad de que el texto sea un panfleto político, no estará de más observar que esta era una práctica habitual en este tipo de obras, especialmente en la Corona de Aragón. En efecto, diferentes estudios han puesto de manifiesto cómo en Aragón se desarrolló, desde finales del siglo XIII, una suerte de 'mesianismo oficial' auspiciado por la casa real, que se arrogaba la futura conquista de Jerusalén y el milenio de felicidad cristiana<sup>18</sup>. De la casa real aragonesa pasó a la castellana, incluso antes de la subida al trono de Fernando el Católico. De esta manera tenemos indicios más que sugerentes para suponer que, tras el *Libro del milenio*, como tras otros textos proféticos, no se encuentra solo un texto visionario, sino también y sobre todo un complejo escrito político en favor de don Fernando el Católico.

<sup>16</sup> J. Goñi Gaztambide, *Historia de la Bula de la Cruzada en España*, Vitoria, Imprenta del Seminario, 1958, pp. 433-434; A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, pp. 361-365. Véanse también J. Cepeda Adán, «El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos», *Arbor*, XVII (1950), págs. 177-190, y M. R. Scaramuzzi Vidoni, «Conquista de Granada y simbología del reino universal en textos españoles e italianos», en *Literatura hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento*, ed. M. Criado de Val, Barcelona, PPU, 1989, pp. 13-17.

<sup>17</sup> *Apud.* A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, p. 362.

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, P. Bohigas, «Profecías de fra Anselm Turmeda (1406)», *Estudis Universitaris Catalans*, IX (1915-1916), pp. 173-181; «Profecies catalanes dels segles XIV i XV. Assaig bibliogràfic», *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*, VI (1920-1922), pp. 24-49; «Prediccions i profecies en les obres de fra Francesc Eiximenis», recogido en *Aportació a l'estudi de la literatura catalana*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1982, pp. 94-115.